

“El mundo era muy viejo, cuando nosotros éramos jóvenes”, escribió alguna vez Gilbert Keith Chesterton. Una sensación semejante ocurría a mediados del siglo pasado, en México, en el continente americano y en el resto del mundo. Se salía de una atroz guerra mundial, precedida por otra de alcances inconmensurables; en España, el ascenso de Franco al poder había enterrado las aspiraciones democráticas de un país que deseaba salir de un ensimismamiento de siglos y producía un exilio de muchas de sus figuras más destacadas; en México se recibió mucho de aquel exilio que, a la vez que ejerció un revulsivo en la cultura mexicana, se presentaba casi de modo simultáneo a la ya palpable decadencia de los regímenes emanados de la Revolución mexicana. Para los jóvenes mexicanos de esos días, el mundo era muy viejo y algunos intentaron renovarlo. A ese grupo de intelectuales se le ha denominado Generación de Medio Siglo.

El surgimiento no fue a partir de un manifiesto, como en el caso del surrealismo o de una postura estética, moral y filosófica, como el romanticismo, o de un acontecimiento histórico que marcara el fin de una historia, como el que aglutinara a la Generación del 98, o el de congregarse alrededor de una o varias revistas literarias y una “manera de ser”, como los Contemporáneos, sino a partir del contexto común antes advertido. De manera que no se trató de una generación sólo literaria,

sino de una intelectual y artística, que abarcó las más diversas esferas de la creación. Dentro de las artes plásticas, jóvenes como Vicente Rojo, Francisco Toledo o José Luis Cuevas; en la arquitectura, Teodoro González de León, Javier Sordo Madaleno; en la lingüística y la filología, Margit Frenk, Helena Beristáin, Antonio Alatorre; historiadores y antropólogos, como Luis González y González, Miguel León-Portilla o Guillermo Bonfil Batalla; filósofos como Luis Villoro, Jorge Portilla, y, claro, un vasto y heterogéneo conjunto de escritores, entre poetas, narradores, ensayistas y dramaturgos, Inés Arredondo, Carlos Fuentes, Emilio Carballido, Juan García Ponce, Rosario Castellanos, Jorge Ibargüengoitia, Tomás Segovia, Juan Vicente Melo, Sergio Galindo, Luis Spota, Sergio Magaña, Luisa Josefina Hernández, por indicar algunas figuras destacadas.

En el número 30 de *Tema y Variaciones de Literatura*, hemos decidido hacer un balance de algunos de sus autores más relevantes. Son todos los que están, pero no están todos los que son. De manera que no es una selección sino un corte, a través del cual, como un ojo que observa una navaja que se acerca, se hace un acercamiento que comprende evaluaciones de época, del conjunto de la obra de los autores o de cómo sus obsesiones y temas predilectos se asoman en la diversidad de sus textos.

Hemos considerado dos aspectos para distinguir a quienes conforman la Generación de Medio Siglo; los dos de carácter temporal. El primero, la edad de los integrantes, aquéllos nacidos entre 1921 y 1935; el segundo, la circunstancia de que la aparición de su obra en libros haya comenzado en la década de los años cincuenta del siglo pasado. Este último criterio nos permitirá incorporar en el próximo número dedicado al mismo tema, al menos, a dos figuras de enorme relieve. Juan Rulfo, cuya breve obra tiene dimensiones universales, y a Elena Garro, quien suele ser considerada, después de Sor Juana, la mejor escritora mexicana de cualquier época y generación.

De cualquier modo, existen un conjunto de elementos que aglutinan el quehacer de esta generación, más allá de coincidencias temporales. La Revolución mexicana había gestado, con su aparatosa presencia, un acomodo de la inteligencia mexicana frente a una realidad que buscaba ser explicada. La llamada “Novela de la Revolución mexicana”, y la poética y dramaturgia que surgió a partir de aquel acontecimiento, fueron más que un propósito intelectual, una exigencia de situar un pensamiento y un arte que evocara la “novedad de la patria” con alguna fidelidad. Con la Generación de Medio Siglo, la realidad pasa a ser un mito, un simulacro de sí misma (sus miembros, o contendientes, cumplen con el anhelo de ser “contemporáneos de todos los hombres”). El lenguaje se asume no como el instrumento de revelación, sino como la revelación en sí; un lenguaje que inventa la realidad, su realidad, y la articula. Entre el lenguaje y la realidad se produce una erótica, o mejor, una seducción, en donde el lenguaje la inventa. Escritores como Salvador Elizondo experimentan más con el lenguaje que se observa a sí mismo que en desmenuzar historias, novelas en las que no pasa otra cosa, excepto el lenguaje; Carlos Fuentes se sitúa en un ring, en donde es necesario golpear a la lengua española para obligarla, desde su pesadez barroca, a nombrar el mundo moderno; Inés Arredondo se arriesga a indagar en los placeres del incesto; Tomás Segovia se afana en desnudar la realidad y penetrarla con palabras, palabras que llaman a otras palabras y recrean una realidad paralela que se vuelve un nuevo reconocimiento del mundo y, en especial, del cuerpo femenino; Juan Vicente Melo inventa un estilo que se solaza en su propia presencia; Juan García Ponce desgaja lo impronunciado en el placer de verse, como Elizondo, contemplándose leyendo una novela erótica. El erotismo como instrumento del conocimiento, y del lenguaje, se vuelve una presencia consistente y “natural” dentro de esta generación; el camino corto que se elige, ahora, para nombrar

el mundo y el lenguaje que lo enuncia, lo cual, en nuestro medio, es, en gran medida, una saludable novedad; el sexo deja de ser lo vedado, lo ignoto, y se convierte en el camino a la otredad de lo mismo. El erotismo, que había sido siempre marginal en nuestro ámbito cultural, de súbito se convierte en su centro, en su pregunta, y en el instrumento privilegiado de revelación de la estética verbal, conceptual y plástica en la que se envuelve el vértigo de una generación intelectual que se lanza a un vacío tan profundo como el cuerpo cifrado y femenino de una realidad que busca ser seducida, y lo es.

El número inicia con el artículo de Leonardo Martínez Carrizales “La Generación de Medio Siglo. Tesis historiográfica sobre una categoría del discurso”. En éste, el autor nos advierte que dicha generación “se convirtió en una categoría de conocimiento y en una fórmula del discurso”. Al corpus lo conforman los ejes cronológico (los escritores nacieron entre 1920 y 1935, y su obra dominó, de acuerdo a Martínez Carrizales, el escenario cultural mexicano de 1950 a 1970, aproximadamente), y el de los lugares comunes (la crítica a las políticas empleadas en el país), así como el ambiente urbano, profesional e intelectual que le dieron a una diversidad de intelectuales apartados entre sí, un marco referencial que los identifica.

En “Los años cincuenta y el surgimiento de la Generación de Medio Siglo en el teatro mexicano”, Alejandro Ortiz Bullé Goyri presenta una panorámica de lo ocurrido en el mundo del teatro (autores, directores, actores), a raíz de la “gestación de nuevos horizontes expresivos”. En su artículo señala cuán importante fue la “recia personalidad” de los participantes, independientemente de las condiciones políticas y económicas del país. Muchas de las prácticas teatrales en años posteriores tuvieron su origen en las escuelas y enfoques de ese momento.

En “Los dramaturgos de la generación de 1950”, Socorro Merlín enfoca la mirada a la ciudad de México de esa época

y la promesa de su cosmopolitismo una vez transcurridos los años de la postguerra. Señala cómo fue semillero de seis exponentes que resignificaron el teatro mexicano: Emilio Carballido, Sergio Magaña, Luisa Josefina Hernández, Rosario Castellanos, Jorge Ibargüengoitia y Héctor Mendoza, dramaturgos instalados en el acontecer mexicano y en escenarios ubicados en ambientes inusitados: vecindades, cárceles, fuentes de soda, etcétera.

En “Algunos aspectos brechtianos en la pieza ‘Un pequeño día de ira’, de Emilio Carballido”, Héctor Eduardo Ríos González se suma al interés por el prolífico dramaturgo. Con su análisis, el autor señala cuál fue el influjo de Bertolt Brecht en Carballido y cuál la postura de éste respecto al teatro épico. Si bien es cierta la influencia, también es cierto que el dramaturgo toma una sabia distancia a la que añade “metaficción y sugerencia”, características que enriquecieron la creación del teatro mexicano.

En “El monumento literario de Luisa Josefina Hernández”, Severino Salazar dibuja más a la novelista que a la dramaturga. Treinta años de novela psicológica en que se dedicaría a “la exploración de dramas interiores en que se debaten personas al parecer comunes y corrientes” pero que en su cotidianidad habitan mundos sórdidos, de traslape con la fantasía y que demuestran que pese a que sólo 16 de sus novelas fueron publicadas, la autora tenía un proyecto sólido y perfectamente concebido. Se desconocen las obras escritas en la década de 1990; sin embargo, ello no impide la develación de esa magna obra visualizada por Salazar.

“Acercamiento al pensamiento artístico de Inés Arredondo a partir de ‘Wanda’” por Rocío Aguirre es una deliciosa invitación al mundo que levita entre la oralidad y lo escrito. La autora, ubicada en uno de los cuentos que menor consideración ha recibido de los críticos, demuestra mediante su análisis que para llevarlo al cabo fue necesario considerar la obra completa de Arredondo (sus tres libros de cuentos y la tesis de

maestría). El cruce de las ideas expuestas en su ensayo con las preguntas constantes y existenciales que se hacía Arredondo, como “¿qué es la pureza y qué es la prostitución?”, ayudan a Aguirre a develar el sentido críptico de “Wanda”.

Paula Kitzia Bravo Alatríste en “Amparo Dávila y las cuentistas del género fantástico en el medio siglo” rescata la importancia del género fantástico en plena Generación de Medio Siglo. Nos habla de la necesidad que tuvieron las ocho autoras de las que trata en su artículo por hallar otra realidad, la que ocurre en el mundo cotidiano pero que perturba por inexplicable, secreta y siniestra.

Oscar Mata nos propone en este volumen una de las mejores imágenes que podemos encontrar de Salvador Elizondo. El título: “Salvador Elizondo: en el espejo de la escritura”. Y sí, la literatura del escritor se parece tanto a un espejo que lo último que le ocurre a su personaje —el escritor mismo— es reconocerse en su propia imagen. Imagen caligráfica, onanismo verbal “que una y otra vez se vigila, se descubre y se observa en el espejo de su escritura”. La obra de Elizondo parece reducirse a un ensueño —a un empeño— que, como ante dos espejos opuestos —el del escritor y el del lector— se multiplica al infinito: el escritor que se mira en el acto de escribir, y que aquello no es más que el ejercicio propio de la verdadera literatura: “arte dentro del arte”.

A Juan Vicente Melo se le ha encasillado como un escritor de culto. Una soberbia técnica narrativa que se solaza en contarnos la misma historia de amores fracasados y de personajes equívocos. Vicente Torres en “Imagen primera de Juan Vicente Melo” nos habla de esos desvelos estériles que atraviesan la obra del escritor veracruzano: la vida miserable, el fracaso del amor y la pareja, la opaca vida interior, la inaccesibilidad de lo sagrado. “Beatriz es sólo un sueño”, nos dice Torres, en Melo. O una melodía, un réquiem en donde la forma triunfa sobre unas flores muertas.

Como si cada historia contuviera la historia del mundo, Alejandra Sánchez Valencia nos recrea las propuestas narra-

tivas de Luis Spota (*Murieron a mitad del río* de 1948, “novela testimonial” en tanto que Spota “tuvo la experiencia de ser un indocumentado” y Carlos Fuentes (*La frontera de cristal*, espléndida novela armada en nueve cuentos y publicada en 1995) acerca de esa gran diáspora mexicana que ha sido la de los “mojados”. Dos libros, y la eterna condición del exiliado y su búsqueda del origen. Con rigor analítico, Sánchez Valencia emprende la diversa percepción que nos proponen los dos autores acerca de los migrantes mexicanos, en dos obras apartadas por 47 años en el tiempo, pero que, a la vez, se hunden de un modo sorpresivo, y mítico, en ese gran “hipotexto de las diásporas” que es la *Biblia*. Dos mundos, el mexicano y el norteamericano, y dos estilos, el periodístico de Luis Spota, y el de un narrador nato, como lo es el de Carlos Fuentes.

La poesía de Sábines, de manera singular, se engarza con su vivencia cotidiana, por ello, Fernando Martínez (“Sábines, la poesía existencial”) nos presenta una semblanza del poeta que a la vez es una confesión de la vida del escritor chiapaneco y su enlace con su obra poética. Decía Paz de Sábines: “Jaime Sábines se instaló desde el principio, con naturalidad, en el caos. No por amor al desorden sino por fidelidad a su visión de la realidad”. Apunta Martínez: “Escribía poesía de manera natural, porque es lo que sabía hacer”. En tanto, Sábines decía de sí mismo: ‘El poema es así, el testimonio de las horas del hombre sobre la tierra’.

El pasado suele ser una invención tan activa como el futuro. La identidad, o su búsqueda, suele ser uno de sus más enérgicos motores. Miguel León-Portilla ha encaminado sus obsesiones en la restauración de las claves del pensamiento de una de las civilizaciones más originales de la historia humana, la nahua. Carlos Gómez Carro en “La recuperación del pensamiento nahua y Miguel León-Portilla”, procura insertar los hallazgos del nahuatlato más importante de nuestros días, dentro de un diálogo cultural, ahora extraviado, entre aquella civilización y la occidental que predomina en el México contemporáneo.

Ezequiel Maldonado en “Vigencia del pensamiento de Guillermo Bonfil en su *México profundo*”, confronta la percepción de Bonfil Batalla de dos Méxicos que constituyen proyectos político y culturales diametralmente opuestos: “El México imaginario”, que concibe a Occidente como la única herencia aceptable del país, y el que el autor denominó “México profundo”, la civilización que pervive como herencia de la cultura mesoamericana y que aún se encuentra arraigada entre la población indígena de la nación. Frente a los límites de una sociedad occidental agotada, Maldonado ve en el ideario de Bonfil Batalla una respuesta digna de ser considerada como genuina alternativa de los dilemas culturales y sociales en los que se debate el México actual.

La “microhistoria”, que igual podemos llamar la historia patria, era para Luis González y González, de acuerdo a Tomás Bernal (“Luis González y González: los rostros de la historia”), “una historia que se regodea con la plática sincera y desinteresada en la banca del jardín o en los portales”. Tal concepto fue la máxima creación del historiador, si nos atenemos a lo que discierne Tomás Bernal en su ensayo: Intelectual firmemente arraigado en la Generación de Medio Siglo, resulta imprescindible para comprender el quehacer histórico de México. Pues Luis González y González veía el país, a partir de su peculiar enfoque de la historia, como un mosaico cultural en donde “sólo la historia local puede descubrir” la verdad histórica de la nación.

Cecilia Colón nos entrega una reseña de la novela de Carlos Valdés *La voz de la tierra*. Más que una novela de la Revolución mexicana, es lo que Carlos Fuentes denominaba la mitificación de la Revolución mexicana, lo que él mismo plasmó en algunas de sus primeras obras y Rulfo en su *Pedro Páramo*. Valdés, nos dice Colón, emplea los recursos del “realismo mágico” rulfiano, para contarnos una historia de traiciones e ideales, que podría situarse igual en un tiempo intemporal, pues es la historia de la condición humana, contada por un anciano a otro anciano.

La obediencia nocturna es la novela de Juan Vicente Melo que Isaí Moreno nos reseña. Una novela de conocimiento, nos advierte; más aun: una novela de reconocimiento. Un conocimiento que, como la obra misma, se encuentra velado. Podría decirse que para Melo el conocimiento está cifrado en Beatriz, como en Dante o en Borges. Una Beatriz que, como el narrador de la novela, sólo podemos evocar.

A los trabajos de investigación agregamos los textos de ficción de dos autores: Urbano Rural suma a nuestro saber otro par de “instantáneas del mundo”. En la primera, un hombre contagiado de una paranoia incontrolable busca consuelo en una aseguradora que lo proteja, incluso de lo improbable. No cesa hasta advertir que lo único seguro es asegurarse de las aseguradoras. En la segunda “instantánea”, su protagonista une los dos sentidos de la palabra escatológico. Su carácter religioso o místico, y el inmundo. De hecho, el personaje transita, en su ansiedad existencial, del trasmundo al inmundo.

El relato de Christine Hüttinger “Encuentro en el transiberiano”, a través de su personaje central nos propone una llamativa reflexión acerca de la alteridad, en el inconmensurable escenario ruso por el que transita el tren transiberiano. Rodeada de dramáticos escenarios naturales en contraposición al estrecho mundo del *coupé* compartido con su pareja y un pasajero local, contrapone la visión que de sí tienen los rusos y cómo se presentan a los forasteros. Y todo esto a propósito de quién es ella y quién fue; la retrospectiva de su vida y su pueblo que, a fin de cuentas, tiene cierto aire de la nueva atmósfera, tal vez porque, después de todo, tanto lugares como personas se parecen: la alteridad es un recordatorio de nuestra identidad.

No nos queda sino agradecerle a cada uno de los colaboradores del número que, como pretendía Adorno, iluminan un fragmento de esa ilusión de la realidad llamada literatura, y en este caso, de aquella gestada por la Generación de Medio Siglo mexicana. Un par de agradecimientos finales. A

Myriam Rudoy, quien realizó las gestiones necesarias para incluir las líneas aportadas por nuestro compañero y amigo Severino Salazar; otro, para la editorial Alfaguara, quien a través de su editor, Ramón Córdoba Alcaraz, hizo posible que contáramos con los textos autógrafos de Carlos Fuentes* para la ilustración del número.

CARLOS GÓMEZ CARRO
ALEJANDRA SÁNCHEZ VALENCIA

UAM-AZCAPOTZALCO
JULIO DE 2008

* Fuentes, Carlos (2003). *La silla del águila*, México, Alfaguara.